

REFLEXIÓN

Reflexión sobre ecología y terapia ecológica¹

Rev APSAN 2022,2(1): 7-19

César Ojeda

Todos sabemos que "oikos" en griego significa "casa". Desde esa raíz, han surgido muchos términos, como "economía", "ecología", "ecoliteracy" y "ecotherapy", entre otros. Hoy día la expresión no se entiende principalmente como la casa donde vivimos. La talentosa Nicole Krauss, por ejemplo, usa el término en el título de su novela *The Big House* para abarcar el hogar cultural judío distribuido por todo el mundo. Pero aquí estamos usando el término para describir algo aún más grande. Estamos hablando de la "gran casa" llamada "biosfera": la red compleja donde la vida y el planeta juegan sus cartas.

Sin embargo, creo que debemos tener cuidado al hacer distinciones entre "la vida" y "el planeta". Rocas, volcanes, rosas, magma, atmósfera, robles y cucarachas - y, por supuesto, seres humanos - son parte del planeta. La vida, en cualquiera de sus formas, es simplemente naturaleza, pertenece a ella, tiene los mismos principios atómicos y físicos básicos que el resto del planeta. No podemos establecer una división irracional entre la vida en un lado y el planeta en el otro. Sería como dividir el agua y nuestros cuerpos. Sin embargo, generalmente hacemos esta división sin siquiera darnos cuenta. Nuestros hábitos cotidianos pueden ser muy fuertes y pueden influir enormemente en las ideas que tenemos sobre nosotros mismos y el mundo. Creemos que nuestra vida se encuentra en medio de un entorno, en su mayoría natural y en parte artificial. Entonces, el medio ambiente es una especie de sobre, algo que envuelve nuestras vidas como si fuera un fenómeno estrictamente diferente, aunque relevante para nosotros. Incluso algunos de los filósofos contemporáneos más importantes han sido presa de la misma ilusión. Por

¹ Este texto es una reflexión inspirada en el libro *Ecotherapy in Practice: A Buddhist Model* (Routledge, 2018) escrito por Caroline Brazier, con la que he tenido el placer de mantener una frecuente correspondencia.

ejemplo, Martin Heidegger habla de estar “arrojado” en el mundo (*Geworfenheit*) como una de las condiciones fundamentales del ser humano. Esa ilusión, tal vez, es la estructura esencial de la mayoría de las mitologías antiguas y sus secuencias narrativas: primero, la creación del mundo, y luego, los seres humanos arrojados en medio de ella.

Sin embargo, si tratamos de escribir correctamente, el lenguaje se vuelve confuso. ¿Estamos diciendo que los seres humanos son lo mismo que las golondrinas o las bacterias? Sí, lo somos. Pero estamos diciendo más que eso. Estamos diciendo que somos lo mismo que las rocas, las nubes y los dinosaurios; somos tan naturales como todos estos seres. Los átomos de carbono presentes en nuestros cuerpos son casi tan antiguos como el universo; es decir, una friolera de 14 mil millones de años. De toda nuestra masa corporal, el 99% se forma a partir de solo seis elementos químicos: oxígeno, carbono, hidrógeno, nitrógeno, calcio y fósforo. Desde este punto de vista, no somos más que un puñado de elementos químicos. Ninguno de esos elementos pertenece exclusivamente al cuerpo humano. Están donde sea que se vuelva la mirada. Sé que todos nosotros somos perfectamente conscientes de esta situación. Sin embargo, por lo general, nuestro yo interno no acepta la evidencia directa de que así son las cosas. Honestamente sentimos que *somos diferentes y únicos dentro del universo*. Hay un guion personal que contradice nuestro estado real de ser simplemente otra parte de la naturaleza. Y este estado está predestinado. El cuerpo no nos pregunta si hemos terminado de escribir el libro que nos ha tomado muchos años, o si nuestros hijos son lo suficientemente mayores como para enfrentar la vida sin nosotros. Simplemente, un día muestra una anomalía que nos mata rápidamente y, a pesar de la intensidad de nuestra lucha y angustia frente a esto, en lo que respecta al cuerpo, el proceso es un evento bioquímico natural y sereno.

Según el Génesis, Dios creó el cielo y la tierra en seis días. La tierra era informe y vacía, y la oscuridad cubría la superficie de las profundidades. Después, Dios formó la tierra, el mar, el cielo, la vegetación y los animales. Finalmente, creó al “hombre” y lo puso en el centro, dándole un dominio absoluto sobre todo el resto de la creación. Independientemente de las múltiples exégesis de estas palabras, son suficientes para darse cuenta, en relación con nuestros propósitos, que primero

estaba el mundo y más tarde el "hombre" entró en él.

Kant (1964), en una obra pequeña y casi desconocida, habla del "probable comienzo de la humanidad", que sitúa en el momento de nuestra partida del paraíso. Arrojado de la naturaleza paradisiaca, el hombre ya no podía ser guiado por los instintos que le eran disponibles mientras permanecía armoniosamente unido al resto de la existencia. Habiendo comido el fruto del árbol del conocimiento, la inocencia desapareció al mismo tiempo que surgió la libertad. Ahora, los seres humanos podían elegir, pero estaban solos y perplejos en medio de las trampas y peligros de un mundo muy complejo. Eran libres, pero sin saber cómo usar esta libertad. La incertidumbre, el miedo y la angustia fueron el precio de despertar a la experiencia consciente.

Quizás lo que es esencial para esta mitología es que los seres humanos, en el paraíso, no eran conscientes de su comunión con un mundo armonioso y seguro. Pero, como dijo Aristóteles, el hombre tiene un apetito natural por saber y, por lo tanto, comió compulsivamente los frutos del conocimiento, no solo los que se le dieron por seducción. Tal desobediencia fue irritante para Dios. Decidió que el castigo debería ser inolvidable, lanzando (arrojando) al hombre al mundo que había creado unos días antes: un mundo ahora desvelado de su inocente camuflaje y mostrando el rostro de su estructura impredecible y amenazante. Los humanos entendieron que fueron lanzados desde la eternidad al tiempo biográfico e histórico, a un tiempo de finitud y muerte. Bajo esta nueva condición de errante en el mundo; de miedo y libertad, de frío y privaciones y, especialmente, de desesperanza, los humanos se vieron obligados a buscar refugio y defensa contra las inclemencias de una "naturaleza" que incluía a otros seres vivos.

Desde la aparición abrupta del Homo sapiens en el planeta, hace unos 160 mil años, hemos estado ocultos, temerosos y desconfiados del comportamiento de la "naturaleza". Hemos vivido, especialmente durante las noches, en espacios protegidos, interiores, rodeados por lo que sea para aislarnos del mundo "natural". Esto fue superado en parte por el dominio sobre el fuego y la creación del "hogar", cálido y protector contra los depredadores, en torno al cual aparece un estado desconocido hasta entonces al que podríamos llamar serenidad. Desde ella nace el lenguaje de recuerdos, de historia y de esperanzas. Antes de él, la vigilia temerosa

gobernaba todos los actos.

La “naturaleza” a veces se ve hermosa, acogedora y gentil. Como aquella mañana en la bahía de Nápoles, en la que los habitantes de Pompeya y Herculano disfrutaban del cielo azul y de la suave brisa acariciando sus rostros mientras completaban sus actividades cotidianas. Pero las cosas naturales cambiaron abruptamente. En la mañana del 24 de agosto del año 79 a.C., una horrible erupción destrozó la cima del Monte Vesubio. Una inmensa columna de humo en forma de hongo se elevó en el cielo y en medio de llamas y explosiones, arrojó una enorme cantidad de rocas incandescentes y cenizas volcánicas que en unos segundos hicieron desaparecer el sol y el cielo azul. El horror luego sacudió el alma de cada uno de los habitantes de Pompeya y Herculano. En Herculano, una vertiginosa avalancha de lodo hirviente inundó y calcinó todas las áreas, cubriendo finalmente los tejados y enterrando, en solo unos minutos, a la ciudad y a todos los habitantes que no habían logrado huir. En Pompeya, el proceso fue más lento y engañoso, ya que, debido a la posición de la ciudad en relación con el volcán, la masa de lava que arrastraba todo a su paso, tomó la forma de una fina lluvia de ceniza, como

“

La naturaleza no está hecha para nuestra comodidad y supervivencia. No tiene destino. Simplemente sucede, como lo hace la lluvia o la aparición de una supernova. Sin embargo, es imposible no adorar algunos de sus paisajes soberbios. Cada persona tiene sus propias preferencias. Una persona ama las montañas, otra las praderas, el desierto o el mar, o con frecuencia el cielo, con sus infinitos matices de colores y luminosidad. ¿Quién no ha disfrutado el olor a tierra húmeda después de la lluvia, o la brisa arrastrando aromas de sauces y juncos del lejano río?

copos de nieve que la gente podría sacudir de sus cabezas y túnicas. Más tarde empezaron a caer los *lapilli* (finas piezas de roca volcánica) y luego rocas de varios kilogramos de peso. Pronto las calles, casas y todos los rincones de la ciudad fueron invadidos por vapores fatales. Los techos comenzaron a colapsar bajo el peso de las rocas, y la gente, aplastada y asfixiada, no tenía forma de escapar. Días más tarde, el sol reapareció, pero ya las dos ciudades habían dejado de existir.

La naturaleza no está hecha para nuestra comodidad y supervivencia. No tiene destino. Simplemente sucede,

como lo hace la lluvia o la aparición de una supernova. Sin embargo, es imposible no adorar algunos de sus paisajes soberbios. Cada persona tiene sus propias preferencias. Una persona ama las montañas, otra las praderas, el desierto o el mar, o con frecuencia el cielo, con sus infinitos matices de colores y luminosidad. ¿Quién no ha disfrutado el olor a tierra húmeda después de la lluvia, o la brisa arrastrando aromas de sauces y juncos del lejano río? La fragancia de cerezos y jazmines es simplemente irresistible. Lo mismo ocurre con los prados y su pacífico y extendido verde. Personalmente, mi afición por el mar es del todo exagerada. Quizás esto se relaciona con el hecho de que, habiendo vivido toda mi vida en una gran ciudad, voy a la playa casi todas las vacaciones y fines de semana. Es mi segundo hogar. Esta mañana, mientras escribo en mi escritorio que da a la bahía de Algarrobo, el mar tiene un tono azul profundo, casi enigmático, como si el cielo sin nubes hubiera sido absorbido por completo en él. Pero las olas no tienen la dulzura de los días grises. Hoy parecen germinar con fingida timidez desde el interior del océano y caminar como mansos corderos hasta unos cien metros de la costa. Luego, como si se tratara del caballo de Troya, se abalanzan como hordas, crecen de manera desproporcionada, tomando impulso desde la altura, para luego caer precipitadamente sobre la resaca rápida y plana, azotándola con tanta violencia que la espuma salta alocadamente en todas direcciones. El sereno espectáculo inicial no armoniza con el brutal y profundo trueno que sacude y hiere la playa con estos choques interminables y erráticos. El espectáculo es conmovedor, pero al mismo tiempo, amenazante.

El cuerpo y el ego

La afirmación "Yo soy mi cuerpo" (es decir, yo soy naturaleza extensa, como las montañas y los ríos) es un postulado extraordinariamente frágil. La postura opuesta es que el "yo" (ego) - la historia personal - es, en gran medida, independiente del cuerpo. El cuerpo, de cierta manera, nos define y nos afecta pero, sorprendentemente, mi proyecto de vida personal es indiferente a mi cuerpo. "A sus neuronas no les importa quién eres", sostiene Daniel Dennett (2008). El cuerpo tiene un proyecto independiente y no nos consulta en absoluto. Envejecer o enfermarse es suficiente para que nos demos cuenta de que el cuerpo no ha tenido

en cuenta ningún aspecto de nuestro proyecto de vida, de nuestros deseos y nuestras responsabilidades. Mi cuerpo no me pregunta si mis hijos son lo suficientemente independientes antes de que muera y me mate a "mí". En mi opinión, la tensión entre la agenda personal (ego) y el cuerpo es una fuente de gran sufrimiento en las personas. Sabemos perfectamente que somos naturaleza, y que compartimos esta comunidad óptica (comunidad de "cosas") con el resto. Esta "cosa viviente" que somos usualmente está escondida y silenciada como tal durante un tiempo en nuestra vida, y cuando nos parece (en una enfermedad aguda o un accidente o en la agonía, por ejemplo), lo hace como una experiencia dramática y no como una categoría especulativa. El cuerpo, entendido como "cosa" biológica, no está relacionado con nuestros propósitos, deseos o proyectos. Hay una gran diferencia entre los parámetros de los sentidos que nos definen como la persona que somos (nuestro ego biográfico) y la naturaleza que también somos.

Correcta o incorrectamente, los seres humanos organizan su existencia como identidad; es decir, de acuerdo con historias personales llenas de actos que les proporcionan una unidad biográfica no transferible (ego). Ser médico, escritor, abogado, practicar un oficio o ser servidor público, es importante. Del mismo modo, ser padre o madre; ser amigo, maestro o discípulo; ser hijo de nuestros padres; ser hermana o hermano; pertenecer a un país y hablar un determinado idioma. Eso somos, pues la red formada por nuestros vínculos sociales, familiares y profesionales son únicas "para mí" y nadie puede ocupar la misma intersección que esos vínculos determinan. Es en este nivel en el que el sentido de la vida humana individual (el yo y la biografía) fluyen, proporcionando a cada persona un carácter irrepetible y familiar. Sin embargo, la naturaleza (que incluye nuestros cuerpos) se mueve en ciclos de transformación inevitables que afectan nuestros determinantes y personales significados en los que vivimos. Sin embargo, y a pesar de no ser algo en lo que podamos influir, nuestros cuerpos naturales son siempre parte de lo que somos. Y lo sabemos desde siempre: nacer, envejecer, enfermar y morir son parte del flujo natural de nuestras vidas. Se genera así una tensión inevitable entre nuestro sentido del ser y la naturaleza que también somos.

Ecoterapia

En mi opinión, el libro de Caroline Brazier nos invita a reconocer una verdad simple. Por lo general, los procesos psicoterapéuticos se realizan en un entorno tradicional protegido (*indoors*), en el que el único extraño es el paciente (la oficina, las pinturas, los muebles, los libros, la alfombra y la oficina pertenecen al terapeuta). Es una especie de refugio seguro que, junto con la presencia del terapeuta, contiene el dolor, la angustia y la desesperanza del cliente. Allí, el cliente habla de su "mundo interior", que está lleno de personas con las que el cliente tiene una relación estrecha. Es en esas relaciones donde surgen los principales conflictos humanos. O bien, el cliente habla sobre su cuerpo y el sufrimiento que le provoca el no ser como desea, o por envejecer o enfermarse, y por tener dolor y otros síntomas corporales. No importa lo que se piense: todos necesitamos un cuerpo para vivir, y con esta certeza, inevitablemente nos angustia la espera del momento en que el cuerpo nos arranque de la vida.

La ecoterapia sugiere que la naturaleza, en sí misma, es sanadora y curativa. ¿Cuál es el significado de esa declaración? Caroline y otros autores enfatizan los aspectos hermosos e inspiradores que contiene. Incluso cuando se reconocen los aspectos peligrosos e inhóspitos de la naturaleza, algo maravillosamente contradictorio ocurre en el momento en que entramos en contacto con ella. La terapia en la naturaleza cambia muchas cosas. En primer lugar, la posición del cliente y del terapeuta es inmediatamente diferente. La asimetría, en la que el paciente es un extraño que "visita" el lugar de trabajo del terapeuta (que se considera socialmente como un tipo de autoridad) desaparece. Ahora, ambos se enfrentan a un paisaje tan inmenso y misterioso que es imposible controlarlo. Cualquier paisaje siempre tiene un "más allá" que se extiende hasta el infinito. Nadie podría decir, mirando el firmamento en una noche sin nubes, que tiene un final. En nuestro estado habitual tenemos paredes frente a nosotros y nuestros ojos hacen un esfuerzo permanente. Los músculos del cristalino están contraídos. En nuestras casas, las paredes están a tres o cuatro metros de distancia. Las ventanas son necesarias porque permiten ver un pequeño trozo de ese "más allá". Sin embargo, si tenemos una visión que se extiende a sesenta o más metros de distancia, nuestra visión está completamente relajada. En la naturaleza, en una pradera, o mirando al mar y al horizonte, o en

el desierto, no solo se ve la grandeza: también se siente. Los olores, el aire, la temperatura y toda la experiencia es completamente diferente a la habitual.

Sin embargo, el espectáculo que estamos viendo y sintiendo no es como la versión de la naturaleza presentada en las películas. La lluvia nos moja, el rayo nos aterroriza, el sol calienta nuestra piel y la luz puede dañar nuestros ojos. En las narraciones verbales, nos sentimos como espectadores de nuestras vidas. Frente a la naturaleza hay un cambio fundamental. Tal vez el fenómeno central es que podemos darnos cuenta, bastante dramáticamente, de que somos una ínfima *parte* de todo el planeta y del universo. No somos espectadores, somos parte, y como consecuencia, *no somos el centro de nada*. La lluvia no nos moja exclusivamente a nosotros; también moja a los árboles, la hierba, las vacas, la tierra y las aves. Por el contrario, las terapias “de interior” comienzan con el paciente en el centro de sus experiencias vitales; este mismo paciente es siempre el narrador de este conjunto de experiencias. El punto de vista del paciente presenta lo que el budismo llama *rupa*: es decir, la experiencia es siempre autorreferente. Si creo que mi esposa no es lo suficientemente tierna conmigo, creo que veo su manera de ser, y de forma circular, interpreto cualquiera de sus nuevos comportamientos de una manera sesgada por esa concepción autorreferencial de lo que creo es la realidad. Caroline Brazier ha desarrollado este punto exhaustivamente y con una capacidad didáctica impresionante en sus libros anteriores. El esfuerzo del terapeuta es ayudar a los pacientes a ampliar sus experiencias y descubrir cosas que conocen en el fondo, pero que están ocultas. Ayudarlos a aceptar que las actitudes y acciones del otro no están solo relacionadas con nosotros de modo permanente. El otro, tiene un mundo que no comienza ni termina con nosotros.

La práctica

Muchos autores que escriben sobre estos asuntos hacen un diagnóstico sofisticado de la ceguera ecológica que tenemos. Pero ahora estamos hablando de terapia, y anteriormente, sobre ecopsicología. No estamos hablando de ecología desnuda. Brazier toma la iniciativa de desarrollar formas prácticas en las que nosotros, como terapeutas, podemos agregar la relación con la naturaleza

externa a nuestras habilidades profesionales. Lo hace con su capacidad didáctica que no dudo en calificar de "curativa". Nadie puede experimentar la "naturaleza" si no tienen contacto real con ella. Pero Brazier no está haciendo una metáfora o expresando una aspiración abstracta. Ella dice: "Quítese los zapatos y sienta el contacto de la hierba o la arena en su piel". Camine descalzo y experimente la tierra directamente (literalmente "el planeta"). "Enraizar" su cuerpo al planeta, junto con limpiar la mente de los prejuicios que le impiden ver lo que "no eres tú", significará que el otro, las personas y la naturaleza aparecerán tal como "ellos" son. ¿Alguna vez pensó que es necesario "investigar a los árboles"? ¿Cree saber lo que es un árbol? ¿Cuánto tiempo hace desde que tocó y olió el tronco de un árbol? Tal vez desde que era un niño y tenía curiosidad por las cosas que veía en su jardín o durante un fin de semana acampando al aire libre con sus padres en un bosque cerca de un lago.

En la terapia al aire libre, hay un nuevo participante además del paciente y el terapeuta: la naturaleza. Ni el paciente ni el terapeuta son dueños de la naturaleza. Ahora la enfrentan juntos, la sienten juntos, la huelen juntos: comparten el poder y la belleza de ese universo sin fin. Pero lo que puede ser más relevante es que ambos sienten una sensación de insignificancia y pequeñez. No están solos frente a frente. Están uno al lado del otro, con una sensación de relación y de cooperación espontánea. Recuerdo una ocasión en la que estaba con una paciente en una sesión de terapia en el interior de mi oficina, que está ubicada en el piso decimocuarto de un gran edificio. La paciente hablaba y lloraba, atrapada en una fuerte angustia y rabia relacionadas con su marido. En ese momento (como de vez en cuando ocurre en mi país), comenzó un temblor de tierra. No fue muy grande, pero lo suficiente para mover el edificio con fuerza. La paciente detuvo su discurso, y ambos dirigimos todos nuestros sentidos a la evolución del movimiento, evaluando si estaba creciendo o disminuyendo. Unos minutos más tarde, el edificio dejó de moverse. Después de un momento, la paciente me preguntó: "¿De qué estábamos hablando?".

La naturaleza había penetrado en nuestro refugio. En la terapia al aire libre, la idea es salir por completo del refugio. Es muy conmovedor descubrir que nuestros sufrimientos cotidianos están fuertemente relacionados con nuestra idea sobre

nosotros mismos, y con el hecho de que, cuanto más estrechamos nuestro refugio, más importantes parecen ser esos desvelos. Quiero ser bien entendido. Intento decir que no somos agujeros negros. Sin embargo, desde esa oscuridad que es el aislamiento, queremos poseer todo. Queremos atrapar el amor, la amistad y el sentido. Pero no solo eso, además queremos atrapar y poseer *sin límite*. De allí surge “mi” casa, “mis” hijos, “mi” automóvil, “mi” esposa, “mi” perro, “mi” tierra, “mi” trabajo, “mis” creencias”. Tal vez estos apegos desmesurados de apropiación sean los que desaparecen al estar en contacto con el mundo de la naturaleza, que nunca será mío.

El gran ego

Para mí, es imposible terminar este artículo sin desarrollar, aunque sea brevemente, algunas afirmaciones que los ecologistas difunden con frecuencia, y que (en mi opinión) se basan en una consideración errónea del tiempo. Usualmente dicen que debemos salvar el planeta, salvar la biodiversidad. Dicen que estamos destruyendo el mundo y haciendo desaparecer muchas especies. David Orr dice: “... los curanderos de la mente y el espíritu (...) fueron atrapados para permitir a sus pacientes encajar cómodamente en un mundo insano que se precipita hacia el abismo” (2009, p.14). Theodore Roszak dice: “Al igual que tantas personas temerosas y desesperadas que buscan rescatar al planeta del desastre, una vez tuve el hábito de regañar a la gente sobre las cosas estúpidamente destructivas que le hacemos a la ecología planetaria” (2009, p.30). Creo que es innecesario hacer más referencias, porque estamos hablando de ideas que son muy conocidas.

La vida y el planeta

La evolución biológica es el cambio en los seres vivos que ocurre en el curso del tiempo cósmico. Los 3,5 mil millones de años durante los cuales la vida ha existido en el planeta se miden en la misma escala de tiempo que la evolución cósmica: el universo tiene 13,500 millones de años y la tierra 4,5 mil millones de años. En este contexto temporal, ¿qué es la evolución? El universo cambia, y con él, la vida y las cosas no vivas. ¿Cómo podemos explicar esta transformación? El

cambio es un proceso misterioso en el que nunca vemos la totalidad de las etapas. La aparente estabilidad de la vida y la geografía es solo una ilusión. La constancia evolutiva y visible del desarrollo de la vida no es más que un artefacto de la observación dentro de medidas inapropiadas de espacio y tiempo. Si observamos la vida con los instrumentos apropiados, los cambios se hacen evidentes.

Actualmente sabemos que el evento del origen del *Homo sapiens* se produjo en África: el ADN mitocondrial nos acerca a nuestros antepasados africanos, que aparecieron, como ya señalamos, hace aproximadamente unos 160.000 años. Sin embargo, el período mencionado es un mero grano de arena en el medio del desierto. Si comprimimos los 4.500 millones de años de la historia de nuestro planeta en un día de veinticuatro horas, la vida comenzaría a las nueve de la mañana, es decir, hace más de 3.500 millones de años. La Explosión Cambriana (que es una expansión inmensa de la vida) ocurriría a las nueve en punto de la noche. Durante las primeras seis horas, la vida sería casi totalmente anaeróbica y tomaría la forma de bacterias, porque la atmósfera carecía de oxígeno. La atmósfera cambió producto de la actividad de los seres vivos, especialmente de lo que se conoce como cianobacterias, que realizan fotosíntesis y eliminan oxígeno como desecho de su metabolismo. Una hora antes del final del día, los dinosaurios aparecerían y luego serían extinguidos por el impacto de un asteroide que golpeó el planeta unos veinte

minutos antes de la medianoche. Nosotros, los *Homo sapiens*, solo entraríamos en el escenario en los últimos veinte segundos de este largo día (Ward y Brownlee, 2003). ¿Pueden imaginarse qué fracción de estos segundos finales de este viaje es adecuada para medir todo el período de la vida humana "civilizada"? 1/40, es decir, 4000 años.

“
Es impresionante que el 99,9% de todas las especies que han existido alguna vez se hayan extinguido, a pesar de que actualmente hay alrededor de 2 millones de especies conocidas (lo que supone que hay muchas desconocidas) (Sapag-Hagar, 2003). Esta situación introduce en la investigación un enigma desafiante que debe ser resuelto, destacando la enorme importancia del papel de la especiación y la extinción en la evolución biológica.

Es impresionante que el 99,9% de todas las especies que han existido alguna vez se hayan extinguido, a

pesar de que actualmente hay alrededor de 2 millones de especies conocidas (lo que supone que hay muchas desconocidas) (Sapag-Hagar, 2003). Esta situación introduce en la investigación un enigma desafiante que debe ser resuelto, destacando la enorme importancia del papel de la especiación y la extinción en la evolución biológica.

La vida en la tierra y la tierra misma han surgido y crecido, e inevitablemente decaerán. Tal vez mucha gente piense que este declive ocurrirá en un futuro lejano, pero, desafortunadamente, el proceso ya comenzó. El pico de la vida parece haber ocurrido hace unos 300 millones de años. Por lo tanto, actualmente estamos en un planeta vitalmente empobrecido. Las predicciones científicas sostienen que los últimos animales del planeta morirán tan pronto como 500 millones de años a partir de ahora. A partir de este punto, durante unos pocos miles de millones de años, principalmente sobrevivirán las bacterias, los mismos seres que surgieron en las primeras etapas de la vida un billón de años después de la formación de la Tierra. En definitiva, dentro de 12 mil millones de años, la tierra será tragada por el sol, que será una estrella gigante roja en ese momento (ibíd.).

¿Estamos preocupados porque creemos que estamos destruyendo el planeta?
¿Estamos preocupados porque algunas especies están en peligro de extinción?
¿Debemos salvar “el planeta”?

Yo llamo a esto una forma megalomaniaca de decir “el gran ego”; el ego humano que desde el comienzo de la historia (cuando apareció la escritura) hace cuatro mil años intentaba ponernos en el centro de algo: del universo, del sistema solar, de la propiedad del planeta. Bueno, no somos el centro de nada. Esta conclusión ha sido llamada una “herida narcisista”. El planeta es solo naturaleza. Cambia sin un objetivo específico. No busca nada. La vida es parte de la naturaleza y sigue las mismas reglas. La vida no busca la supervivencia como un objetivo (lugar común que se repite incesantemente en la ciencia). La vida no puede dejar de vivir mientras existan algunas condiciones, especialmente lo que se ha llamado “exergía”. La energía solar cae en la tierra y empuja a la vida a evolucionar para disipar energía. Si aplicamos una llama sobre el hervidor, el agua en el interior no tiene otra posibilidad que hervir. El agua no busca hervir. No puede evitarlo.

Entonces, somos conscientes de que ni el planeta ni ninguna especie necesitan ser salvados. Pero, lo que tratamos de hacer es salvarnos a nosotros mismos, a nuestra especie. Y hay buenas razones para ello. Aunque no seamos dueños de nada ni estemos en ningún centro, somos los hechos más maravillosos y misteriosos de la naturaleza: somos seres conscientes. Por esa razón, luchamos contra los cambios ecológicos que hemos producido en nuestro entorno, que ponen en riesgo nuestra propia supervivencia. La tierra continuará con su evolución natural. Al planeta, al igual que a nuestras neuronas, "les importa un rábano lo que somos".

Referencias

Dennett D. (2008) (Rev GPU; 4; 4: 411-415)

Kant I. (1964) Comienzo verosímil de la historia humana. En: Filosofía de la Historia. Ed. Nova, B. Aires.

Orr D. (2009) Ecotherapy. Foreword. Counterpoint, Berkeley, CA.

Roszak T. (2009). A Psyche as Big as the Earth. In: Ecotherapy. Counterpoint, Berkeley, CA.

Sapag-Hagar, M. (2003). La Unidad Bioquímica del Hombre. Santiago: Editorial Universitaria.

Ward, P., & Brownlee, D. (2003). The Life and Death of Planet Earth. New York: Time Books.